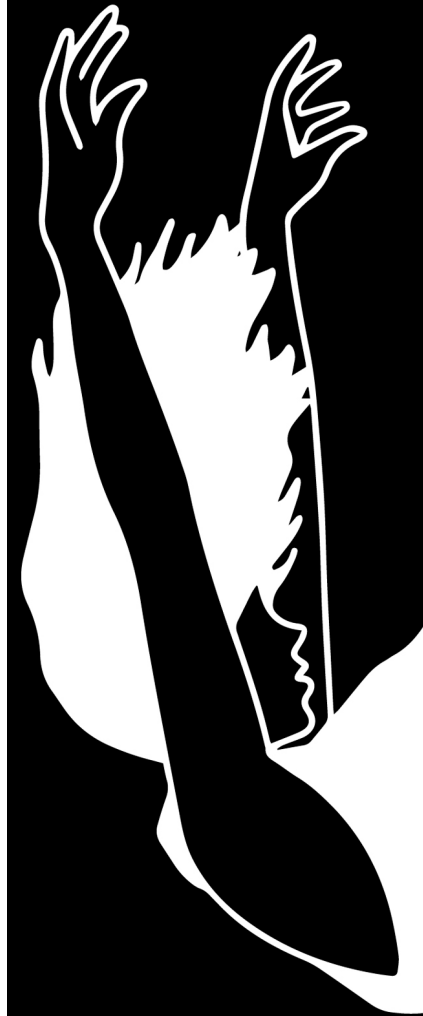




ARDE



SARA PRIDA VEGA

**ARDE**

Título: *Arde*.

Primera edición: abril 2021.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.

Dirección: Manuel Arcas Castillo.

Coordinación: Ana Martínez Castillo.

[www.inlimbo.es](http://www.inlimbo.es)

[www.facebook.com/InLimboEdiciones](http://www.facebook.com/InLimboEdiciones)

Del texto: © Sara Prida Vega.

Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.

Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel)

Corrección: Juan García Rodenas.

Maquetación: Rosa Aguilera García

Asesor de contenidos: Valentín Carcelén.

Prólogo © David González

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.

[www.cofassa.es](http://www.cofassa.es)

ISBN: 978-84-121675-7-3

Depósito legal: AB 172-2021

IBIC: DCF

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



**InLimbo  
Poesía**

*Para quienes sepáis decirme cómo es un árbol.  
Cómo evitar que arda.*

*La luz hierve debajo de mis párpados.*  
Antonio GAMONEDA

## Prólogo

### La vida en llamas

En ocasiones, *en muy contadas ocasiones*, se tiene la dicha, *la inenarrable dicha*, de que la POESÍA, *llámala Sara*, casi siempre de la mano del azar, *en una terraza de verano, por ejemplo*, se presente ante ti en su forma humana, *en forma de mujer en el caso que nos ocupa, pelo pajizo / hijo de tresmilseiscientescuarenta y cinco decoloraciones*, te reconozca como uno de los suyos, se sienta a tu lado y comparta contigo estas pocas, pero mágicas, sentidas e imborrables palabras:

*Solo necesito un gorrión para construir un mundo.*

Esto, *claro*, lo sospechas luego, *pasados unos días*, cuando esa misma POESÍA, *llámala Sara*, *de la mano esta vez de un mensajero de alegrías y tristezas*, vuelve a presentarse ante ti, solo que ahora en su expresión escrita, en forma de libro de poemas, *el primero, Aullido animal*<sup>1</sup>, original e intimista bestiario en el que las criaturas que se nos van apareciendo poseen la facultad, *portentosa*, de hacernos pensar en nosotros mismos y hacer que nos cuestionemos *cuestionarnos* nuestra pretendida humanidad:

---

<sup>1</sup> Sara R. Cabeza, *Aullido animal* (Bajamar Editores, 2017).

*Era como si viniera de otro mundo.*

Esto, *no hay dos sin tres*, se confirma más adelante, *pasado algún tiempo*, en el mismo momento en que la propia POESÍA, *llámala Sara*, deposita su confianza en ti, *aquí procede darle las gracias*, y te concede el privilegio, porque es un privilegio, de ser uno de los pocos elegidos

*Ayudadme a vencer a los hombres que persiguen al pájaro*

para leer el texto original, *previo a su publicación*, de un nuevo libro de poemas, *dieciocho poemas como dieciocho soles*, este ARDE, que ahora, *gracias al acierto, la visión y el buen quehacer de InLimbo Ediciones*, tienes la suerte y el privilegio, *como lector y como ser humano*, de empezar a leer, espero que con la misma emoción, sentimiento y deslumbramiento que yo:

*La luz hierve debajo de mis párpados<sup>2</sup>.*

Un libro con el grito de la luz al rojo vivo que supone, *no cabe duda*, una purificación y una transformación interior, *a todos los niveles*, para la brillante POETA, *llámala Sara*, que, *despojándose de todos sus ropajes, despojándose hasta de la piel*, lo ha escrito para todos y cada uno de nosotros, *sus afortunados lectores*, desde la lucidez, el espanto, la dignidad de la conciencia y la ternura utópica de una memoria, *la suya, también la mía*, en carne viva: *Se tiró a los caminos como quien / se lanza al acantilado...* Una catarsis en toda regla que Sara, *llámala POETA*, se encarga de proclamar a los cuatro vientos ya desde la mismísima portada al prescindir de los primeros apellidos de sus padres con los que firmó su *Aullido animal* y añadir a su nombre de pila los de sus abuelas, es decir, Prida Vega.

<sup>2</sup> Antonio Gamoneda.

Su luz empieza a iluminarnos, *a quemarnos*, ya desde el evocador poema con el que da comienzo este libro inolvidable, texto que contiene en sí mismo el mapa, *el paisaje*, de esto que se ha dado en denominar «La España vaciada»... Un texto en el que, *además*, nos admiramos del dominio de Sara, *casi una marca de estilo*, en la composición de enumeraciones, *figuras lógicas*, que ejercen sobre nuestro ánimo una irresistible fascinación debido a su intenso poder de evocación: *nuestro pueblo / dos monedas que perdimos / y el cadáver de la abuela...*

A partir de ese entrañable poema inaugural que sienta las bases de lo que todavía, *por suerte*, está por leer y sentir, y que viene a confirmar la sorprendente madurez lírica y existencial de alguien tan joven, así como también la personalidad absorbente, carismática y combativa de la tajante voz poética de esta autora, caes en la cuenta de que has emprendido un viaje en el tiempo sin retorno, en el que la palabra de honor de Sara, *precisa y musical*, te conduce a través de los emotivos paisajes naturales de su infancia, *que te traen recuerdos de los tuyos*, y de la presencia familiar de sus antepasados, *que bien podrían ser los tuyos*; toma partido en el sangriento drama de la Guerra Civil española en dos poemas, «Salva a Regina» y «Olvida la guerra», que merecen figurar por derecho propio en cualquier antología, *que se precie de tal*, sobre la memoria histórica de esta fratricida piel de toro:

*Ayudadme a vencer a los hombres que persiguen al pájaro*

te hace escuchar, valiéndose de imágenes brillantes, a veces desgarradoras, *Yo tuve un novio que se intentó cortar las venas antes, incluso, de conocerme*, los primeros latidos de su corazón, en el que no prendió la chispa del amor porque no era la adecuada... Y, *finalmente*, de la cálida mano de su voz firme y decidida avanzas, *tranquilo, no tengas miedo*, hacia la cerilla, *acércamela despacio*, hacia el fuego, *sopla fuerte*, liberador y purificador de la hoguera: *la poesía es, de toda la literatura, / la que mejor arde...*

No es el fin, *sin embargo*, más bien un renacimiento, una resurrección. En esta catarsis, Sara ha convocado a los poetas Antonio Gamoneda, Vasko Popa, Leopoldo María Panero, Jericho Brown, Gsús Bonilla, Vachel Lindsay y Efraín Huerta, los poetas en los que confía para continuar con su propósito:

*Ayúdame a vencer a los hombres que persiguen al pájaro*

Cuenta conmigo también, Sara, *le dices*.

Lo que esté en mi mano para ayudarte a vencer a los hombres que persiguen al *pájaro*.

Porque ese pájaro es un gorrión.

Y un gorrión es todo lo que tú necesitas para construir un mundo.

Un mundo en paz y en poesía.

*David González*  
*Noviembre y diciembre de 2020*

Primera parte  
Hierba y carbón



*Hasta los dedos evitan mi frente  
Donde el mundo se ha incendiado*

*Mis palabras invadidas por la hierba*  
Vasko POPA

## MASTICÁBAMOS

pedras en tu casa,  
¿te acuerdas?

Y tenían un sabor amargo  
como a salvia, a heno, a sexo *na tená*  
como a las pulgas blancas de las gallinas  
subiéndonos en miríadas por las piernas.

Cuando las piedras se convertían en arena  
me las pasabas por el pelo, peinándolo,  
imprimándolo para la capa de pintura  
que le darían luego la luz de la luna,  
los piojos, las horquillas y la escarcha.

Y en cuanto el campo se quedó sin guijarros,  
aprendimos a comernos los huecos,  
los sapos, los renglones y los charcos,  
renacuajos, mandiles y rastrillos,  
haciendo con todos un polvo denso  
que era difícilísimo limpiar de los rincones.

Ahora han asfaltado todo aquello:  
nuestro pueblo, dos monedas que perdimos  
y el cadáver de la abuela.

A ver si quedamos algún día  
para empezar a comernos el asfalto.

YO TENÍA una abuela luna  
que nunca me dijo nada.

Estaba ocupada intentando  
rellenar  
la herida que le trepó por la pierna  
cuando pisó la arqueta del patio,  
acallar  
el hueco mudo de su vientre.

Por eso iba guardándolo todo  
quedamente,  
con ojos claros y vidriosos,  
dentro del cajón de la cocina:  
cien mendrugos de pan duro,  
nueve listas de la compra,  
cinco o seis corchos de sidra,  
tres bolígrafos de propaganda  
y un osario de servilletas.

Quisiera poder morder juntos  
el aire, caliente de resurrecciones,  
que ladra,  
y sus manos suaves,  
temblorosas, desvalidas,  
que guardan,  
y permanecen aferradas a los muros

ígneos de exterminio  
y de carcoma.

El aire  
es la sombra en el umbral oscurecido,  
el rumor de grava sobre las palmas,  
hiriente,  
como cuchillos diminutos.  
Sus manos  
son aquella que se desprende de otra,  
el cuello que en la caída se aferra,  
con dulzura,  
a su sogá.

EL ABUELO hierba,  
que nada sabe  
de verdascas,  
nos enseña a ser  
animales silvestres,  
flores salvajes,  
la silla sin nadie  
en el cuarto vacío.  
Y narra por qué son  
tan distintos los ojos  
cuando se abren  
debajo del agua.  
Pero, cuando habla,  
leve, de su boca,  
va brotando silente  
un hilo de sangre.  
Es como un conejo  
que decide morir  
porque no entiende  
que aún soy una niña  
y en mis rodillas  
hasta la gravilla  
se agazapa.

Tengo frío

Mi abuela sol cosía botones  
como ojos  
por todas partes de la tela  
a todas mis muñecas  
para que me miraran en la oscuridad  
muy atentas.  
Y yo, que no podía dormir  
con tanta expectación,  
les clavaba alfileres diminutos  
delgados  
como mi cuerpo oblicuo de niña  
para recolectar sus lágrimas  
y confeccionar un veneno sutil  
que matase a las hadas  
y a todos los seres terroríficos  
que vivían en el armario,  
o bajo la cama,  
pero se negaban a salir,  
a subir  
y calentarme los pies  
por las noches.

Salva a Regina

*Ayudadme a vencer a los pájaros que  
persiguen al hombre.*

Leopoldo María PANERO

Mi tatarabuela era un pájaro  
con un pequeño corazón,  
emplumado y libre.

Ella sabía que el fusil de los guardias civiles se había ido,  
pero volvería silencioso y diría:

- a. Manos arriba
- b. Tiene usted un establecimiento muy bonito
- c. Meta todos los víveres en esta bolsa

Así que, cuando volvieron, les encañonó con su escopeta,  
pio un

SALID

de

mi

bar

que hizo que los manzanos granizasen,  
y creo que no disparó

sólo porque  
no tenía pulgares.

La acusaron de estraperlo  
y de esconder gente en la trastienda,  
o bajo sus alas, prendidos entre el plumón,  
en la urdimbre intrincada del refajo.

Ella no sabía si era roja,  
ocre, magenta, cian o púrpura,  
pero sí que no habría jaula  
que pudiera contenerla  
y que, si moría,  
sería por un exceso de  
humanidad  
humedad.

Ayudadme a vencer a los hombres  
que persiguen al pájaro.

Olvida la guerra

Mi bisabuelo fue maqui,  
terminó la guerra y  
a. No pudo  
b. No supo  
c. No quiso  
dejar que la batalla  
siguiera librándose sola.

Se tiró a los caminos como quien  
se lanza al acantilado,  
quizá porque en mi casa  
espoleábamos a la libertad,  
le lamíamos con fruición  
los párpados, pestañas,  
OJOS  
hasta casi sacarlos de sus cuencas  
y libábamos una esperanza

VERDE  
como la retama de las paredes,  
como los robles de mi pueblo,  
como las agujas de los pinos.

Les pillaron en un camino de tierra,  
bordado de alambradas,  
y les ametrallaron

hasta que sus miembros  
fueron estandarte libertario,  
cordón umbilical vinculado a la tierra y al musgo,  
intrincado e indecoroso,  
enredado con el alambre, el aire y la muerte.

A mi bisabuelo su metralla le atravesó la pierna  
saliéndole  
por  
el  
mus/lo

que quedó cojo para siempre  
para que arrastrase su pena  
durante generaciones.

A mi bisabuelo su metralla le atravesó el cuello  
saliéndole  
por  
el  
o/jo

que quedó nublado para siempre  
para que todos recordásemos  
quiénes nos miraban a su través.

Luego le dejaron allí tirado, entre sangre  
amiga, hermana, dándole por muerto,  
así que él pensaba que era un fantasma,  
o un ser a caballo entre los dos mundos.

Cuando, de niña, dormía en su casa  
mi pavor a ese otro se acrecentaba  
porque le oía gritar en sueños,  
DES GA ÑI TÁN DO SE  
palabras de fuego y humo,  
alaridos de pánico